



CAPÍTULO LXVI

De nuevas guerras que hobo en España entre los príncipes cristianos.

Por la elección de los reyes D. García y don Ramiro resultaron grandes alteraciones; levantóse cruel tormenta de guerras, y los reinos de Navarra y Aragon, como la nave en el mar alterado, cuando mayor necesidad tenían de piloto y gobernalle, entónces se hallaban más desamparados y faltos de toda ayuda á causa de las pocas fuerzas que tenía D. García, y por la mucha edad y vejez de D. Ramiro. El rey de Castilla pretendia y publicaba que el uno y el otro reino pertenecian á su corona. El derecho que para esto alegaba, se tomaba de su tercer abuelo D. Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre el Mayor; pretension no muy fuera de camino, que las órdenes militares, á las cuales D. Alonso, rey de Aragon, nombró por sus herederos, de todos eran excluidas, pues no era razon ni conforme á las leyes que alguno subiese á la cumbre del reino, que no fuese de la alcuña y sangre de los reyes antiguos.

Estas razones y otras semejantes ventilaban los legistas en sus rincones y por las plazas: los mejores y más fuertes derechos de reinar, que son de ordinario las fuerzas y poder, estaban claramente por el de Castilla, sin que le faltasen aficionados en el un reino y en el otro en tiempo tan revuelto y tanta diversidad de pareceres. Pues porque no pareciese faltaba á

la ocasion, con todas sus gentes rompió por la Rioja, y por aquella parte se apoderó de las plazas y castillos que D. Alonso su padrastra desde Villorado hasta Calahorra, primero por fuerza y despues por virtud del asiento que últimamente tomaron, le tenía usurpados: estas fueron las ciudades de Nájara y Logroño, Arnedo y Viguera, sin otros lugares de menor cuantía.

Demas desto, en Vizcaya y en aquella parte que se llama Álava, puso sitio sobre Vitoria, que le defendieron valientemente los naturales, de manera que no la pudo entrar, si bien al rededor della se apoderó de otros pueblos: con esto el rio Ebro quedó desta vez por raya entre los dos reinos de Castilla y de Navarra. Grande era la alteracion de las cosas: muchos, así señores seglares como obispos, seguian el campo del rey; en este número se contaban Bernardo, obispo de Sigüenza, Sancho de Nájara, Beltran de Osma. Ayudaban otrosí con sus gentes don Ramon, conde de Barcelona; Armengol, conde de Urgel, Alonso Jordan de Tolosa, Rogerio de Fox, Miro de Pallás, sin otro gran número de señores extraños, que todos estaban á su devocion.

Con tantas ayudas que de todas partes acudian, el rey, concluido lo de la Rioja y Vizca-

ya, revolvió luégo sobre Aragon con tanto denuedo y presteza, que el próximo mes de Diciembre estaba apoderado de todo lo que de aquel reino está desta parte de Ebro. El rey D. Ramiro no se hallaba apercebido para contristar á tan gran poder, y no ménos se recibía de sus pocas fuerzas que de las voluntades de algunos de sus vasallos. Acordó retirarse á lo de Sobrarbe para con la fragura y maleza de aquellos lugares entretenerse, y esperar mejores temporales, ó que se viniese á concierto, á que él mucho se inclinaba, á tal que fuese honesto y tolerable. Andaba de por medio para concertar estas diferencias Oldegario, arzobispo de Tarragona, persona de grandes prendas y mucha autoridad. El trabajo era grande, pequeña la esperanza de hacer efecto por las grandes dificultades que se ofrecian, y la mayor, que ninguno se contentaba con la parte por la codicia y esperanza que tenía de salir con el todo.

El de Navarra, resuelto de concertarse y tomar algun asiento por lo que le tocaba, sobre seguro vino á Castilla. En una junta y córtes muy grandes que se tuvieron en la ciudad de Leon, se hallaron presentes el rey D. Alonso de Castilla, doña Berenguela su mujer, y doña Sancha su hermana, y el mismo D. García, rey de Navarra, sin otros grandes señores y personas de cuenta. En estas córtes se acordó que el de Castilla tomase título y armas de emperador. Pareciales, pues tenía por sujetos y feudatarios los aragoneses, los navarros, los catalanes con parte de la Francia, que bien le cuadraba aquella corona y majestad. Coronóle el arzobispo de Toledo. Tenía á manderecha al rey de Navarra y al otro lado el obispo de Leon, llamado Arriano. Dió su consentimiento el papa, segun que lo testifican nuestras historias, es á saber, Inocencio II, que en aquella sazón tenía el gobierno de la Iglesia, dado que apénas se puede creer quisiese hacer tan gran befa á Alemania, si ya no fué que con nombrar nuevo emperador en España quiso castigar y satisfacerse de las insolencias y desacatos muy grandes y ordinarios de aquellos emperadores. Hízose este auto tan solemne en Santa María de Leon el mismo dia de la Pas-

cua de Espiritu Santo del año de mil y ciento y treinta y cinco, como lo testifica un escritor de aquel tiempo, y se entiende por los actos de aquellas córtes.

Despues desto el nuevo emperador se tornó á coronar en Toledo, bien que no se sabe en qué dia ni año. Destas dos coronaciones resultó, á lo que se entiende, la diversidad de opiniones, y que unos escribiesen que se coronó en Toledo, otros que en Leon. En los archivos de Toledo hay un privilegio que concedió el rey D. Alonso á esta ciudad; allí dice que tomó la primera corona del imperio en Leon; palabras de que con razon se saca que, á imitacion de los emperadores de Alemania, que se coronan por tres veces, quiso el nuevo emperador coronarse primera y segunda vez en diversas partes. Autor de aquel tiempo, dice que se coronó tres veces, la primera en Toledo, dia de Navidad, la segunda en Leon, y que la corona de oro la tomó en Compostella; todo á imitacion de los emperadores de Alemania. Lo cierto es, que si bien algunos otros reyes de España acometieron ántes deste tiempo á tomar apellido de emperador, este príncipe, entre todos ellos, conserva este sobrenombre, que vulgarmente le llamamos D. Alonso el Emperador.

Asimismo se tiene por cosa averiguada que la ciudad de Toledo desde este tiempo comenzó á usar de las armas que hoy tiene, que es un emperador asentado en su trono con vestidura rozagante, el globo del mundo en la mano siniestra, y en la derecha una espada desnuda. Ántes desto tenía dos estrellas por armas, y despues un leon rapante. Comenzóse otrosí á llamar ciudad imperial, como se tiene comunmente por tradicion, demas que del rey D. Juan el II hay una escritura ó cédula real en que le da ese apellido. San Bernardo, en una carta que escribe á la infanta doña Sancha, la llama hermana del emperador de España. Fué esta señora muy pia; murió sin casarse; llamábase reina porque su hermano le dió este apellido desde el principio de su reinado. Demas desto, Pedro, abad cluniacense, en una carta que escribe al mismo papa Inocencio II, usa deste principio: «El emperador de España, gran príncipe del pueblo cristiano, devoto hijo de vues-



»tra majestad, etc.» Ruégale en aquella carta venga en que el obispo de Salamanca se trasladé á Santiago de Galicia, y que condescienda en esto con el deseo del clero y pueblo de aquella ciudad que lo pedía. Este obispo era Berengario, que cuatro años adelante, por muerte de D. Diego Gelmirez, fué elegido en segundo arzobispo de la iglesia de Santiago.

Volvamos al emperador. Luégo que tomó aquel título, nombró á sus hijos por reyes; á D. Sancho, el hijo mayor, señaló el reino de Castilla, y á D. Fernando, el menor, el de Leon, con que dejó divididos sus estados; resolución poco acertada, que siempre se tachará, y sin embargo, se usará muchas veces por tener los padres más cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien comun. No se descuidaban los prelados y señores que tomara la mano en concertar las diferencias susodichas, de apretar y llevar adelante estas prácticas. Lo de Aragon aún no estaba sazonado; concertaron despues de mucho trabajo que los reyes D. Alonso y D. García se juntasen de nuevo para tratar de sus haciendas en el lugar de Paradilla, puesto á la ribera del rio Ebro. Allí se vieron el dia señalado, que fué á veintisiete de Setiembre. Hallóse presente la reina doña Berenguela, ya emperatriz. Concertóse la paz con esta condicion: que por D. García quedase el reino de Navarra, y demas dél todo lo que el emperador tenía conquistado del reino de Aragon, á tal que tuviese todo su estado como feudatario y moviente de Castilla. Demas desto, se asentó que los dos juntasen sus fuerzas contra D. Ramiro para quitalle el reino que tenía á tuerto usurpado, como ellos decian.

Con este concierto los aragoneses y navarros quedaron revueltos entre sí, y se hicieron graves daños. Acudieron á atajar estas diferencias los señores y obispos de aquellas dos naciones. Acordaron se nombrasen tres jueces por cada una de las partes para componer estos debates. Juntáronse en una aldea llamada Vadoluengo por Aragon D. Caxal, y Ferriz de Huesca y D. Pedro de Atarés; por Navarra don Ladron, D. Guillen Aznar y D. Jimeno Aznar. Concertaron que se dejasen las armas; que los términos de Aragon y Navarra fuesen los mis-

mos que el rey D. Sancho el Mayor dejó señalados, es á saber, los rios Sarazaso, Ida y Aragon, hasta que mezclan sus aguas con las de Ebro. Lo de Valderroncal y Biozal, con otros lugares comarcanos, dado que caian en la parte que adjudicaban á los aragoneses, quedaron en poder de D. García por todo el tiempo de su vida; que tendria empero todo su reino y estado como sujeto y feudatario de Aragon, que era lo mismo que tenía concertado y prometió al de Castilla; tan poca firmeza tenía lo que por estos tiempos se concertaba. Para que todo esto fuese más firme, se juntaron los dos reyes en Pamplona. Con esto parecia que las cosas se encaminarian como se deseaba, cuando un caso no pensado lo desbarató todo. Inigo Ayvar, quier por ser así verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó al rey D. Ramiro que los navarros trataban de secreto de matalle. Como el rey diese crédito al reporte, disfrazado y de noche se salió de Pamplona, sin parar hasta llegar al monasterio de San Salvador de Leyre: de allí se partió más ofendido que vino, y quitada (mal pecado) toda esperanza de concierto, de nuevo volvieron á rompimiento.

D. Ramiro, por su edad, no sólo de los principes, sino tambien del pueblo, parece era menospreciado en tanto grado, que vulgarmente le llamaban el rey Cogulla y le ponian otros nombres de desprecio. Es el vulgo una bestia indómita, y que ni con beneficios ni por miedo enfrena las lenguas. Á ejemplo, pues, de Periandro, tirano de Corinto, y de Tarquinio, último rey de los romanos, se dice acometió una hazaña digna de memoria para la posteridad, pero cruel y fea para una persona consagrada. Llamó á córtés los grandes del reino para Huesca el año mil ciento treinta y seis: la voz era que quería allí tratar negocios muy graves. Acudieron á su llamado muchos, de los cuales hizo matar luégo quince señores que parecian serle más contrarios, los cinco de la casa de Luna, los demas de la principal nobleza del reino, cuyos nombres no me pareció era necesario relatarlos en particular. El abad del monasterio de Tomer, con quien comunicó todo esto, refieren le dió este consejo, ca preguntado por los embajadores que el rey le despachó



en esta razon, lo que debía hacer en tan grande revuelta como la en que las cosas andaban, en presencia dellos con una hoz derribó lo más alto de las coles que en su huerta plantára, sin dar otra respuesta más que ésta, que fué avillado de lo que hizo.

Lo que se dice de D. Ramiro y de su atamamiento y poca maña, no parece creible: que era tan para poco y de tan poca habilidad, que en la guerra por llevar el escudo embrazado en la izquierda y en la derecha la lanza, regia el caballo y las riendas con los dientes; parece fábula sin propósito. Lo que consta es, que fué tenido por hombre poco á propósito para el gobierno y de ménos valor que pedía peso tan grande; de que se tomó ocasion para tramar estas consejas. Por conclusion, como ni á sí mismo satisficiese ni á los otros, enfadado del gobierno, determinado de dejarle porque ya tenía una hija, que se llamó doña Petronila, en aquellas córtés de Huesca dió intencion de lo que pretendia hacer, y amonestó á los presentes que, pospuesto todo lo al, debian con mucha instancia procurar la amistad del emperador D. Alonso, sin hacer mencion alguna de vengar las injurias de los navarros, quier fuese por deseo de la paz, quier por haberse ellos purgado bastantemente de lo que les levantaron, haber puesto asechanzas á su vida.

D. Ramon, conde de Barcelona, fué el que principalmente se puso de por medio para concertar las diferencias entre Castilla y Aragon, como persona que tenía grandes alianzas con el un príncipe y con el otro, demas que le dieron intencion por medio de D. Caxal, hombre principal, de casarle con la infanta doña Petronila y hacerle rey de Aragon. Á la ribera de Ebro, tres leguas arriba de Zaragoza, está Alagon: este pueblo señalaron para que los dos reyes se viesen; acudieron el dia señalado, que fué á veinticuatro del mes de Agosto. Acordóse que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon; quedaron por Castilla, Calatayud y Alagon, con los demas pueblos que están desta parte de Ebro. Para mayor seguridad deste concierto el rey D. Ramiro dió su hija en rehenes, dado que no se pudo alcanzar casase con D. Sancho, hijo mayor del em-

perador, por estar prometida al conde de Barcelona, que les venia más á cuenta por ser gran señor y caerles lo de Cataluña muy cerca; además que se entendia alcanzaria del emperador todo lo que quisiese, por el estrecho deudo y amistad que con él tenía.

En todo esto, no sólo no se hizo caso de la confederacion que por entrambas partes tenían puesta con el rey de Navarra, ántes uno de los principales capítulos desta nueva avenencia fué que juntarian las armas de Castilla y Aragon para hacer la guerra al navarro; mas él, avisado de lo que pasaba, se apercebía de todo lo necesario: príncipe de gran corazon y brío, pues contra las armas de los dos reyes tan poderosos se atrevió, no sólo á mantenerse en su reino, sino á procurar de ensanchallo. Casó con doña Mergelina ó Margarita, hija de Rotron, conde de Alperche, y con ella hobo en dote la ciudad de Tudela. Los privilegios y escrituras de aquel tiempo rezan que reinaba en Pamplona, Nájara, en Álava, en Vizcaya y Guipúzcoa. Ayudáronle mucho los franceses con sus fuerzas, porque Luis, rey de Francia, tuvo por cosa honrosa tomar debajo de su amparo y favorecer este nuevo y flaco rey; ayuda con que el navarro prevaleció, si bien, segun lo tenían concertado, sin dilacion de todas partes sus contrarios acudieron á las armas. Los campos de Castilla y de Navarra se asentaron cerca de los pueblos Gallur y Cortes: no se vino á batalla por rehusar los unos y los otros de ponerse á semejante peligro. Esto es más verosímil que lo que se publicó por la fama, es á saber, que por reverencia de la Pascua de Resurreccion que cayó en aquellos dias, dejaron de pelear.

Concertóse el casamiento entre D. Ramon, conde de Barcelona, y la infanta doña Petronila, á once del mes de Agosto del mismo año, que se contaba de mil ciento treinta y siete. Hecho esto, el rey D. Ramiro, renunciado el cuidado y gobierno del reino, se recogió en la iglesia de San Pedro de Huesca, deseoso de vida más sosegada. Reservóse solamente el nombre de rey, y el poder usar de su autoridad cada y cuando que quisiese. Á los alcaides de los castillos y pueblos de todo el reino, envió órden para que hiciesen de nuevo homenaje al



conde de Barcelona. Y porque en aquellas revueltas y alborotos, como es ordinario, los señores vendieran el servicio que hacían al viejo rey lo más caro que podían, por pueblos y castillos, que les dió en tan gran número, que divididas las fuerzas del reino y menoscabadas, parecía que al rey no le quedaba más que la vana sombra de aquel nombre; se hizo una ley en que todas aquellas donaciones, como ganadas fuera de tiempo, se revocaron y dieron por ningunas y de ningún valor, mayormente aquellas que se impetraron despues que aquel rey tomó por yerno al conde de Barcelona. En lo tocante á Navarra, se determinó que los linderos de los dos reinos fuesen los que se señalaron en Pamplona y en Vadoluengo, en la confederación que allí se hizo.

D. Ramon, luégo que se encargó del gobierno de aquel reino, y dió asiento en las cosas dél, se fué á ver con el emperador D. Alonso: con él en Carrion, pueblo de Castilla la Vieja, trató de reformar las condiciones de la paz

que poco ántes entre Castilla y Aragon se asentaron. Hizo grande efecto su venida: otorgáronle que todas las tierras de Aragon que están desta parte del rio Ebro, quedasen por aquellos reyes como ántes las tenían, más que por ellas fuesen feudatarios de Castilla. Con esto por el mes próximo de Octubre, D. Ramon hizo su entrada en Zaragoza: fueron grandes los regocijos y el aplauso del pueblo, que le llamaba padre de la patria, autor de la paz y felicidad del reino. Dió asiento en las cosas de aquella ciudad y de todo lo demas, con que fundó el sosiego tan deseado de todos. En acabar todas estas cosas se señaló mucho Guillen Ramon, senescal de Cataluña, que era lo que ahora llamamos mayordomo mayor, y como tal tenía gran cabida y privanza con el rey D. Ramiro. Por sus servicios el conde de Barcelona le hizo merced en Cataluña de la villa de Moncada; principio de donde como de tronco salió y se fundó en aquella provincia la muy noble casa y linaje de los Moncadas.

CAPÍTULO LXVII

Que D. Alonso, príncipe de Portugal, se llamó rey.

De la alteración ajena tomaron los portugueses ocasión de aumentar su señorío y ganar mayor renombre. D. Alonso, quién dice infante ó príncipe, quién duque de Portugal, por ser como era no ménos ilustre en la guerra que en la paz, no cesaba de ennoblecer su estado, acrecentalle y hermozealle de todas las maneras que podía. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Cruz, obra muy principal que escogió para su sepultura. Hizo le donación de Leyra, pueblo que por este tiempo se ganó de moros. Principios fueron estos de grandes cosas, porque el año de nuestra salvación de mil ciento treinta y nueve, con muchas gentes que juntó de todo su estado, hizo entrada en tierra de moros, y pasado el rio Tajo, movió guerra á Ismar, rey moro, que tenía el señorío de aquellas comarcas. En esta jornada, ántes que se viniese á las manos, falleció Egas Nuñez, ayo del mismo D. Alonso, por cuyos consejos hasta entónces se conservaron y gobernaron aquel príncipe y sus cosas. En la ciudad de Portu hay un monasterio de benitos, llamado vulgarmente de Sosa, fundación del mismo D. Egas, en que se ven las sepulturas deste caballero y de sus hijos. La de doña Teresa, su mujer, está en el monasterio

de Cereceda, de la orden del Cistel, que asimismo ella fundó á dos leguas de Lamego, á lo que yo entiendo el uno y el otro de los despojos de la guerra.

Ismar, avisado del intento que D. Alonso llevaba, á toda diligencia levantó y alistó gente en su tierra. Acudieronle otros cuatro reyes ó señores moros, con que formaron un grueso ejército. Llegaron á vista unos de otros cerca de Castroverde, en una llanura que á la sazón se llamaba Urichio, y al presente Cabezas de Reyes, y pareció á propósito para dar la batalla. Riega aquellos campos el rio de Palma, llamado otro tiempo Chalybs: por tierra de Beja, do tiene su nacimiento, lleva poca agua, pero con otros rios que se le juntan, poco á poco se engruesa, de tal suerte, que cuando llega al mar y al golfo Salaciense, cerca de Alcázar de Sal, tiene hondo bastante para navegarse. Don Alonso, vista la muchedumbre de los enemigos, al principio estuvo congojado: por una parte se le representaba el riesgo á que ponía todo su estado, por otra la afrenta y mengua suya y de los suyos, si volvía atrás, más pesada que la misma muerte. Venció el deseo de la honra al recato cobarde, en especial que sus soldados, dos dias ántes que la batalla se die-



se, que fué á veinticinco de Julio, día del Apóstol Santiago de aquel mismo año, con grande resolución y regocijo (tan animados estaban), en los reales dieron al príncipe D. Alonso nombre de rey. Esto le hizo de todo punto resolverse y probar la suerte de la batalla, por no parecer si la excusaba que amancillaba aquella nueva dignidad y ditado.

Llegado, pues, el día, ordenadas sus haces en guisa de pelear, les habló en esta sustancia: «Las palabras, amigos míos, no hacen á los hombres valientes. Los corazones que se avivan con el razonamiento del capitán, luégo que se viene á las manos vuelven á su natural. El esfuerzo de cada cual en el peligro le descubre. El estado en que todos nos hallamos, bien así como yo lo veis todos. La muchedumbre de los enemigos, y el sitio en que estamos, no da lugar para que ninguno pueda volver atrás. Vuestro esfuerzo, valientes soldados, os servirá de reparo. ¿Qué cosa hay más torpe que poner en los piés la esperanza quien tiene empuñadas las armas? ¿Que volver las espaldas á los que no se atreverán á mirar vuestros rostros y denuedo? Afuera el miedo y cobardía. La alegría que veo en vos, da bastante muestra de vuestro esfuerzo y valor. Yo, determinado estoy de cumplir con lo que debo, sea con la muerte, sea con la victoria: lo primero no lo permitirá Dios ni sus santos: lo al en vuestras manos está. Contra esta canalla que tantas veces vencistes, al presente habeis de pelear. Los ánimos, pues, de los enemigos y vuestros, será como de vencidos á vencedores: el de ellos bajo, medroso y cobarde; el vuestro alegre y dñodado. De mí no esperéis solamente el gobierno, sino el ejemplo en pelear. Parad mientes no parezca me distes el apellido de rey para afrentarme en este trance.»

Dichas estas palabras, dió señal de acometer, mandó que los estandartes se adelantasen: lo mismo hicieron los enemigos. Trabóse una brava pelea, como de los que contendían por la honra, por la vida y por el imperio de todo Portugal. Últimamente la muchedumbre de los moros fué vencida por la fortaleza de los cristianos: muchos quedaron muertos, y no pocos

presos. Los cinco estandartes de los reyes vinieron en poder de los vencedores. Principio y ocasión de las armas de que usaron en adelante los reyes de Portugal, en escudo y campo azul cinco menores escudos. Otros dan diversa interpretación, y pretenden que significan las cinco plagas de Cristo, Hijo de Dios: pero no sé si con fundamento bastante. En tiempo de D. Sancho II deste nombre, rey de Portugal, á las armas antiguas añadieron castillos por orla, no siempre en un mismo número; al presente ponen siete. Esta fué aquella batalla tan celebrada con razón por los historiadores portugueses, de las más memorables que se vieron en aquella era, despues de la cual, en breve el poder y fuerzas de Portugal se aumentaron en grande manera. Verdad es que todo lo escurecía y afeaba la prisión tan larga de su madre.

Avisado desto el pontífice Inocencio II, que todavía lo era por estos tiempos, procuró apartalle de aquel propósito y hacer que se reconcillasen: con este intento envió desde Roma con muy grandes poderes al obispo de Coimbra, cuyo nombre no se dice: él no cesó de amonestar al rey que hiciese oficio de hijo para con su madre, esquivase la mala voz que corría de aquel hecho: que era cosa de muy mala sonada tenella, no sólo despojada de su estado y dote, sino privada de la libertad: ninguna causa bastante se podía alegar para hacer tan grande injuria y tal desacato á la que le engendró. Las orejas del rey estaban sordas á estas palabras: tanta vez tiene la indignación concebida contra lo á que obliga la ley natural. El obispo, puesto entredicho en aquella su ciudad, se salió de Portugal. Por esta misma causa vino de Roma cierto cardenal, mas no hizo efecto alguno; antes, forzado por las amenazas del rey, alzó el entredicho que en todo el reino tenía puesto.

Era en aquella sazón D. Manrique ó Amarlarico de Lara muy principal en riquezas y en nobleza, y por merced de los reyes de Castilla era señor de Molina. D. Alonso, rey de Portugal, procuró casarse con una hija deste caballero, que se llamaba Malfada. Quién hace á doña Malfada hija ó hermana de Amadeo, conde de Mauriena y de Saboya; y aún debe ser



lo más cierto, atento que el arzobispo D. Rodrigo dice que casó con Malfada, hija del conde de Mauriena. Nacieron deste matrimonio D. Sancho, doña Urraca y doña Teresa, aquella que casó adelante con Philipe, conde de Flándes. Demas destes hijos tuvo este rey otro hijo bastardo, llamado D. Pedro. Hechos los regocijos destas bodas, volvieron los portugueses á la guerra. Santaren, villa principal de aquel reino, está á la ribera de Tajo. Llegaron de improviso los nuestros, y ántes de amanecer, sin ser sentidos, los escalaron y echaron della los moros. De los despojos desta guerra fundó aquel rey el monasterio de Alcobaza, de monjes bernardos, por voto que hizo al pasar por donde está de havello así, caso que ganase aquella plaza. Sobre el imperio de África contendían con gran porfía Albohali, que era del linaje de los almoravides, y Abdelmon, de los almohades, nuevo linaje y secta que entre los moros se levantaba.

Estas diferencias dieron ocasión que los moros de España fuesen por los nuestros maltratados: á la verdad, en esta sazón más se conservaban por estar los cristianos ocupados en guerras civiles que por su mismo esfuerzo. Y aún por este tiempo, en algunas partes gozaban los moros de tanto sosiego, que tenían lugar para darse muy de propósito al estudio de

las letras; en especial en Córdoba, madre que siempre fué de buenos ingenios, hobo en esta sazón varones esclarecidos y excelentes en todo género de filosofía. Avicena fué uno, al cual algunos tienen por hombre principal, y hijo de rey; otros pretenden que no fué español, ni jamás aportó en España. Aberroes fué otro nobilísimo comentador de Aristóteles: él mismo dice de sí, que escribía los comentarios sobre los libros de Cœle de Aristóteles, el año quinientos treinta de los árabes, que concurre con el de Cristo de mil ciento treinta y cinco. Abenzoar asimismo fué señalado en aquella ciudad en los estudios de matemáticas y astrología. Esto en Córdoba. En Portugal, con gentes que juntaron, ganaron los cristianos, por fuerza de armas, la villa de Sintra, asentada junto al promontorio que los antiguos llamaron Artabro, y no léjos de aquella parte por donde el río Tajo desagua en el mar. Era el lugar muy á propósito para llamar socorros extraños. Por esta causa, á persuasión del rey, vinieron gruesas armadas de Francia, Inglaterra y Flándes. Las ayudas fueron tales, que se determinó de poner cerco sobre Lisboa, ciudad en aquella comarca muy populosa y la más principal de Portugal. Pero ántes que declaremos el fin que tuvo este cerco muy famoso, volverémos la pluma á lo que se queda atrás.